

Carlos Aguirre y Ricardo D. Salvatore  
Editores

# BIBLIOTECAS Y CULTURA LETRADA EN AMÉRICA LATINA

## Siglos XIX y XX



## Capítulo 8



BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ

Centro Bibliográfico Nacional

027.08 B Bibliotecas y cultura letrada en América Latina : siglos XIX y XX / Carlos Aguirre y Ricardo D. Salvatore, editores.-- 1a ed.-- Lima : Pontificia Universidad Católica, Fondo Editorial, 2018 (Lima : Tarea Asociación Gráfica Educativa).

364 p. : il., facsím. ; 24 cm.

Ensayos del coloquio "Bibliotecas de las Américas: poder, capital cultural y circulación de conocimientos, 1800-2000", realizado en la Universidad Torcuato di Tella (Buenos Aires, Argentina) el 19 y 20 de agosto de 2014.

Incluye bibliografías.

Contenido: Bibliotecas y formación del Estado-Nación -- Bibliotecas y cultura letrada -- Bibliotecas, museos y prácticas científicas y culturales -- Bibliotecas, movilización política y proyectos revolucionarios.

D.L. 2018-07060

ISBN 978-612-317-364-7

1. Bibliotecas - América Latina - Historia - Siglos XIX-XX 2. Bibliotecas públicas - América Latina - Siglos XIX-XX 3. Bibliotecas privadas - América Latina - Siglos XIX-XX 4. Bibliotecas y sociedad - América Latina 5. América Latina - Vida intelectual - Siglos XIX-XX I. Aguirre, Carlos, 1958-, editor II. Salvatore, Ricardo D, editor III. Pontificia Universidad Católica del Perú

BNP: 2018-127

*Bibliotecas y cultura letrada en América Latina*

*Siglos XIX y XX*

Carlos Aguirre y Ricardo D. Salvatore, editores

© Carlos Aguirre y Ricardo D. Salvatore, editores, 2018

De esta edición:

© Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2018

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

feditor@pucp.edu.pe

www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo  
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Fotografía de carátula: Interior of the Real Gabinete Português de Leitura in Rio de Janeiro, Brazil. <https://www.flickr.com/photos/uwephilly/3301983/>

Primera edición: junio de 2018

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,  
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2018-07060

ISBN: 978-612-317-364-7

Registro del Proyecto Editorial: 31501361800481

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

## LA BIBLIOTECA NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA DE MÉXICO: UN LEGADO DEL NACIONALISMO PORFIRIANO

*Christina Bueno*

El historiador y arqueólogo mexicano Francisco del Paso y Troncoso (1842-1916) fue una figura extraordinaria: en 1892 dejó su posición de director del Museo Nacional Mexicano y se lanzó a una tarea de la cual nunca habría de volver. El gobierno de México lo envió en una misión especial a transcribir todo documento relacionado con el pasado de la nación mexicana que pudiera encontrar en las bibliotecas europeas. Gran parte de las fuentes materiales de México —manuscritos, códices, mapas— se encontraban en archivos y otros depósitos extranjeros; el trabajo de Del Paso consistía en recuperarlos. El dedicado historiador trabajó noche y día, apenas dormía y comía, sufría de pobreza y mala salud y tenía ineptos asistentes de investigación. Así sacrificó los últimos veinticuatro años de su vida, copiando una cantidad masiva de textos, incluyendo obras tan importantes como la *Historia general de la Nueva España* —también conocida como el Códice Florentino— del monje del siglo XVI Bernardino de Sahagún. Del Paso no volvió a ver su tierra natal, pues murió en Florencia, Italia, en 1916. Las cajas que contenían sus notas de investigación, junto con sus desgastados trajes, fueron enviadas muchos años más tarde por barco a México.

Como ocurrió con muchos de sus compatriotas durante la dictadura de Porfirio Díaz (1876-1911), periodo conocido como el Porfiriato, el interés de Del Paso por recuperar textos mexicanos fue inspirado por un sentimiento nacionalista. Las fuentes históricas y los manuscritos eran considerados invaluable en la construcción del pasado nacional mexicano, y también eran vistos como patrimonio nacional. La misión de Del Paso fue un éxito total: aportó a México copias de miles de textos que contenían una gran riqueza de información<sup>1</sup>. Pero la misión también

---

<sup>1</sup> Para la misión de Del Paso en Europa, véase Zavala, 1938. Una lista de los materiales recogidos por Del Paso se encuentra en Carrera Stampa, 1949.

fue inspirada por un motivo específico: Del Paso buscaba enriquecer la biblioteca ubicada en el Museo Nacional, que luego pasaría a ser la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia (BNAH).

Hoy, la BNAH es una de las principales fuentes de investigación no solo de México sino de todas las Américas. La Biblioteca ya no se encuentra en el Museo Nacional, que dejó de existir hace mucho tiempo, sino que está ubicada en el famoso Museo Nacional de Antropología en la Ciudad de México. Esta institución cuenta con más de 300 000 volúmenes y miles de variados documentos, incluyendo códices originales, facsímiles de códices, documentos pictográficos, imágenes, mapas, videos y rollos de micropelículas. Resguarda también el mayor acervo de documentos pictográficos —414, entre códices, lienzos, dibujos y mapas— de toda América Latina, y es una fuente única de conocimiento para acercarse, sobre todo, al México precolombino. Con 94 manuscritos originales y cerca de 68 copias, la BNAH tiene la colección de códices mesoamericanos más grande del mundo. La mayoría de ellos proceden del altiplano central, algunos provienen de Oaxaca y otros son de origen maya. De hecho, la colección es tan importante que en 1997 fue inscrita en el programa Memoria del Mundo de la UNESCO, lo cual significa que es considerada memoria no solo de México sino de toda la humanidad. La Biblioteca es un tesoro universal de fuentes verificables y debe esta distinción en gran parte al Porfiriato, ya que fue entonces cuando recibió el gran impulso formativo de intelectuales como Del Paso para llenar sus anaqueles. El propósito de esos intelectuales fue conservar un caudal de erudición y se enfocaron principalmente en reunir libros acerca de México y su pasado. La creación de la Biblioteca, entonces, no fue simplemente resultado de una pasión de bibliófilos: su formación fue inseparable del esfuerzo por fabricar una historia patria en el gran proceso de construcción de la nación mexicana.

Como ha sido ampliamente estudiado, las naciones son construcciones históricas. Su formación es el producto de una variedad de fenómenos y procesos como la consolidación de un Estado nacional, un Estado capaz de dominar el territorio y de establecer un sistema uniforme de instituciones, actividades y leyes. En México, este proceso fue intensificado durante el Porfiriato cuando la dictadura de Díaz consolidó un mayor control sobre el territorio nacional. El gobierno concentró el poder en manos de autoridades federales y suprimió intereses estatales y municipales, cooptando a algunas personas y usando la fuerza y la violencia contra cualquiera que estuviese en su contra; se trataba del famoso «pan o palo». Fue una dictadura notoria por su brutalidad, pero también fue un régimen que puso fin a casi un siglo de caos, desorden civil e invasiones extranjeras. El lema del régimen fue «orden y progreso». Para establecer el orden, el gobierno utilizó a

los *rurales*, una fuerza policial especial encargada de eliminar la oposición a través de la violencia. Para fomentar el progreso, promovió una agenda modernizante basada en el uso de la tecnología y la atracción de capital extranjero. El dinero llegó y desencadenó una bonanza económica que hizo que los ricos se hiciesen más ricos y que el gobierno llevara a cabo proyectos de modernización material, incluyendo el ferrocarril, caminos y tranvías.

La construcción de la nación no es solo un asunto de política y economía. Es también un proceso cultural cuyo fin es dejar como producto en una población sumamente diversa una cultura nacional común y unificadora. Como indica la muy citada frase de Lesley Byrd Simpson, México no es un solo país sino «muchos Méxicos», una nación compuesta de territorios divididos en diferentes razas, grupos étnicos, géneros y clases. La creación de una cultura común ayuda a disminuir las brechas que generan este tipo de divisiones al impartir un sentido de unidad en la población. Según Benedict Anderson, las naciones están formadas por individuos que «no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión» (Anderson, 1993, p. 54). Este sentido de unidad o comunión es generado, en parte, a través de la invención de un pasado nacional, una historia que le da a la población una herencia y origen comunes. La palabra clave aquí es «invención». Las historias nacionales son invenciones. Son interpretaciones del pasado hechas por miembros de las élites, historias construidas por estadistas e intelectuales que hoy son reconocidos como los constructores de la nación.

Uno de estos formadores de la nación mexicana, el abogado y diplomático Manuel Larráinzar (1809-1884), resumió la importancia de ese proceso de esta manera:

[E]s preciso reunir lo más memorable, lo más importante, lo más útil e instructivo, refundir y formar en un solo cuerpo, bajo un plan más extenso y mayor combinado, de todas las historias parciales, purgándolas de los errores y defectos que contengan y completándolas en lo que les falte, para lo cual puede sacarse mucho provecho de los estudios que han hecho sobre nuestras antigüedades, de las crónicas inéditas que existen, de varios trabajos aislados que se han publicado, de los escritos y papeles de los archivos públicos y de las colecciones formadas por algunos particulares eruditos y curiosos que saben apreciar esta clase de materiales (Larráinzar, 1970, p. 163).

El sueño de Larráinzar de unificar las «historias parciales» se realizó durante el Porfiriato con *México a través de los siglos* (1887-1889). Aunque durante el transcurso del siglo XIX varios intelectuales y líderes mexicanos escribieron historias nacionales y también creían que la historia jugaba un papel importante

en fomentar el patriotismo, el primer trabajo de síntesis histórica nacional fue aquella obra<sup>2</sup>. Financiada por el gobierno federal, esta serie de cinco volúmenes tomó los diferentes periodos históricos de la nación y los fusionó en una historia única<sup>3</sup>. *México a través de los siglos* fue escrito por múltiples autores y fue supervisado por el celebrado estadista, general e intelectual Vicente Riva Palacio. Lujosamente decorado con mapas e imágenes de paisajes, monumentos y figuras históricas, comenzó con un volumen sobre la antigüedad mexicana escrito por el historiador y arqueólogo Alfredo Chavero, y de allí pasó a examinar los periodos colonial, de la independencia y de la modernidad. *México a través de los siglos* le dio a la nación mexicana la continuidad de una existencia que se extendía desde los tiempos precolombinos. Las élites del Porfiriato se dieron cuenta de la importancia de crear una historia nacional comprensiva para «la consolidación de la nación y como prueba de estabilidad y de civilización» (Tenorio-Trillo, 1999, p. 68). Durante los años de Díaz, la escritura de esa historia, junto con la búsqueda y el rescate de documentos, adquirieron un gran impulso. Como bien explicó Del Paso y Troncoso, cada texto, documento y manuscrito era necesario para «favorecer los estudios históricos de la nación mexicana, digna por mil títulos de ser colocada en el puesto que justamente le corresponde si se atiende a los clarísimos antecedentes de su glorioso pasado» (González Phillips, 1987, p. 158). La carrera para crear y consolidar textos históricos estaba en marcha y la Biblioteca del Museo Nacional, la futura BNAH, cosecharía los frutos de esa empresa.

El desarrollo de la Biblioteca fue también parte de una ola más amplia, de un frenesí por coleccionar objetos que surgió durante el Porfiriato. El régimen de Díaz buscó la acumulación de todo tipo de vestigios para mostrarlos en instituciones del Estado, especialmente objetos que eran percibidos como patrimonio nacional. El gobierno reunió desde obras de arte a estadísticas y, como indica Shelly Garrigan, ese periodo histórico vivió un «esfuerzo simultáneo y concertado en el cual instituciones políticas y culturales como la Secretaría de Fomento, la Academia de San Carlos, la Sociedad de Estadística y el Museo Nacional, fortificaban el sentido de coherencia nacional armando un patrimonio nacional» (Garrigan, 2012, p. 2). El Museo Nacional resultó ser una institución central en este esfuerzo y el destino de la biblioteca estuvo entrelazado con el del museo.

Como han mostrado varios estudiosos, los museos nacionales son fundamentales en el proceso de la construcción de la nación. Son, literalmente, los almacenes y galpones de la patria. El Museo de México fue establecido en 1825 con el propósito

<sup>2</sup> Para la construcción de la historia patria durante el siglo XIX, véase Earle, 2007.

<sup>3</sup> Análisis de *México a través de los siglos* pueden ser hallados en Tenorio-Trillo, 1999, y Florescano, 2005.

de ilustrar al público en todo aquello que era relevante para la nación, «sus poblaciones primitivas, su religión y las costumbres de sus habitantes», su arte y su ciencia, sus «recursos naturales, clima y terreno». Y logró su cometido al poner a la vista del público el patrimonio de México, el cual, en los documentos iniciales de la institución, aparecía como una lista de objetos: antigüedades, pinturas, esculturas, especímenes naturales, «inscripciones y memorias» y cosas «raras o curiosas» (Castillo Ledón, 1924, pp. 60-61). Durante la mayor parte del siglo XIX, de todas maneras, el Museo no recibió mucho apoyo gubernamental, una consecuencia de la debilidad del Estado y del incesante caos en el país.

Esta situación cambió con el ascenso de Porfirio Díaz, no solo porque su régimen trajo más estabilidad, un Estado más fuerte y la intención de crear una historia nacional unificadora, sino porque las élites de México, como las élites del resto del mundo, creían que el museo era inseparable de la imagen nacional: era el «tipo de institución», escribió un observador mexicano, donde se juzgaba el «adelanto de la nación». Por eso, era imperativo que el Museo de México no se quedase «atrás de todos los demás países»<sup>4</sup>. Y no lo hizo. Al contrario, tuvo un «desarrollo extraordinario» y su presupuesto creció diez veces más durante los muchos años del gobierno de Díaz, un cambio que fue también impulsado por la próspera economía del Porfiriato (Florescano, 1997, p. 158)<sup>5</sup>. El Museo Nacional pasó de ser un gabinete de curiosidades a ser una institución científica plenamente dedicada a la investigación, la enseñanza, la colección y la divulgación del conocimiento. Aunque el museo coleccionaba libros y documentos desde su creación, la biblioteca no fue establecida sino hasta el Porfiriato. En 1880 la biblioteca fue inaugurada de manera provisional. En 1888 fue establecida oficialmente, una medida adoptada nada menos que por Del Paso y Troncoso. Junto con la biblioteca, el museo albergó departamentos de Historia, Arqueología e Historia Natural. Cada uno de ellos estaba supervisado por un profesor que actuaba como investigador, curador y docente del departamento.

El primer director de la biblioteca fue el célebre anticuario y bibliógrafo José María de Ágreda y Sánchez. Como todos los eruditos del museo, Ágreda y Sánchez fue un miembro productivo de la comunidad intelectual del Porfiriato. Fue bibliotecario de la Catedral de México y miembro fundador de la Academia Nacional de la Historia. En 1891 participó en la comisión encargada de recopilar y preparar libros y artefactos que iban a remitirse a España para la sección mexicana

<sup>4</sup> Archivo Histórico del Museo Nacional de Antropología (AHMNA), vol. 8, exp. 6, fol. 70.

<sup>5</sup> Para el presupuesto del Museo durante el Porfiriato, véase Rutsch, 2007. Otros estudios sobre el museo durante los años de Díaz se encuentran en Fernández, 1987; Suárez Cortes, 1987; Rico Mansard, 2004; y Garrigan, 2012.

en la Exposición Histórico-Americana de 1892, la celebración que marcó los cuatrocientos años del «descubrimiento» del Nuevo Mundo. Ágreda y Sánchez también fue parte de la junta organizadora que recogió materiales para el Congreso Internacional de Americanistas que tuvo lugar en México en 1895. Como muchos intelectuales del país, era un firme creyente en la importancia de recopilar libros acerca de la historia mexicana. Varias anécdotas ilustran su afán por rescatar y acumular textos. En la segunda mitad del siglo XIX, por ejemplo, Ágreda y Sánchez se encontró con una anciana que planeaba quemar varios volúmenes empastados en pergamino para calentar su casa. El bibliógrafo intercambió su fina capa por los libros. Según el autor Fernando Benítez, con una simple ojeada Ágreda y Sánchez «supo que se trataba de la primera edición de *Torquemada*» (Benítez, 1988, p. 99). En el lapso de medio siglo, Ágreda y Sánchez reunió una impresionante biblioteca personal de 6000 volúmenes, compuesta sobre todo por impresos editados en la Nueva España. En 1904 dejó el Museo para hacerse subdirector de la Biblioteca Nacional. Cuando murió doce años más tarde, desafortunadamente, su sobrino vendió su biblioteca personal y parte de los libros terminaron en colecciones y bibliotecas de los Estados Unidos.

Además de la inauguración de la biblioteca hubo otro cambio cualitativo en el museo. Al comienzo del periodo, la institución se enfocaba principalmente en las ciencias naturales; ese enfoque empezó a cambiar pero en la década de 1880. Mientras avanzaba el Porfiriato, el museo se volvió más especializado en las diferentes ramas de la antropología y especialmente en la arqueología. Los profesores comenzaron a canalizar más fondos y energía hacia estas disciplinas. En 1895 crearon el departamento de antropología y etnografía, y en 1909 eliminaron la sección de historia natural al transferirla a otra ubicación en la capital. Así, el museo quedó dedicado a los campos de arqueología, antropología e historia, en otras palabras, al estudio del pasado y el presente de México. Este cambio se reflejó en el nuevo nombre de la institución: Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología. Esto luego se reflejaría en la BNAH, que todavía tiene una inmensa colección de monografías especializadas en la antropología, la arqueología, la historia, la etnohistoria y la etnología.

Durante el Porfiriato, el Museo Nacional fue dirigido por algunos de los eruditos más dedicados de México. De hecho, la lista de los asociados con la institución se lee como un «quién es quién» del mundo intelectual de aquellos tiempos. Aunque cada profesor se dedicaba a hacer investigaciones, muchos carecían de educación formal en la disciplina de su departamento. Jesús Galindo y Villa, por ejemplo, fue profesor de arqueología (1903-1906), pero recibió su educación formal en ingeniería. Estos profesores vivían en una época anterior a



la consolidación de las divisiones entre las diferentes disciplinas. Eran polímatas, expertos en varios campos, desde etnografía hasta filología, música y poesía. Se hicieron especialistas simplemente por el hecho de escribir y hacer investigaciones en su campo. Los profesores formaban parte de un mundo intelectual amplio. Mantenían vínculos con muchas instituciones educativas y museos de su país y del extranjero, sobre todo en Europa, los Estados Unidos y otros países de Latinoamérica.

Pese a vivir de su labor intelectual, la mayoría de estos hombres no tenía un estilo de vida de la clase alta y muchos de ellos a duras penas lograban sobrevivir la quincena, como el arqueólogo Jesús Galindo y Villa, quien murió en la absoluta pobreza. Sin embargo, como miembros de la élite intelectual, sus puntos de vista coincidían con los de los poderosos. Además, un buen número de ellos tomó parte activa en la política mientras otros fueron servidores públicos; vivían, así, «a medio camino entre la academia y la política» (Rutsch, 2007, p. 142). Alfredo Chavero, autor del capítulo sobre la antigüedad en *México a través de los siglos*, no solo fue director del museo (1902-1903) sino también miembro del Congreso y subsecretario de Relaciones Exteriores. Al referirse a esa generación de intelectuales, Enrique Florescano explica que ellos sentaron las bases «de la investigación histórica rigurosa y realizaron una obra hasta la fecha no igualada de acopio, rescate y edición de documentos sobre la historia antigua, colonial y moderna del país» (Florescano, 2001).

La historia oficial que Chavero y otros construyeron, además, estaba firmemente enraizada en el pasado precolombino. El Porfiriato conllevó un esfuerzo concertado en anclar los orígenes de México en la antigüedad indígena. Este desarrollo se hizo explícito en *México a través de los siglos*, pues fue una obra que le dio a la nación la continuidad de una existencia que se alargaba hasta los tiempos más remotos. El pasado prehispánico le procuraba a México un sentido de eternidad fundado en raíces prestigiosas y centenarias. También le dio a México, una nación nacida de una colonia y golpeada por generaciones de opresión e invasiones, un pasado anterior a las dominaciones extranjeras, una historia de autonomía anterior al colonialismo; en otras palabras, confirió a México un pasado auténtico y propio. Al igual que otras élites en el mundo, las élites mexicanas incorporarían la antigüedad como una fuente de orgullo, una forma de mostrar la «cultura genuina» del país y una alternativa propia al pasado del colonialismo. La Biblioteca del Museo Nacional reflejó ese énfasis. Mientras acumulaba libros sobre múltiples temas, se convirtió en un centro de estudio de textos del pasado prehispánico y del periodo colonial temprano. Al final del Porfiriato, incluso llegó a tener un salón especial para los códices.

El énfasis de la Biblioteca en el pasado indígena se desarrolló paralelamente a la ciencia de la arqueología, un naciente campo de estudios que surgió dentro del Museo Nacional, su escenario institucional original. Los arqueólogos del museo, hombres como Del Paso y Galindo y Villa, fueron principalmente eruditos de sillón que dedicaron gran parte de su energía a analizar fuentes escritas. De hecho, para el observador del presente, la mayoría de esos científicos no tenían mucho de arqueólogos pues trabajaban más que nada como historiadores, estudiando la antigüedad a través de textos polvorientos y viejos como los códices, de escritos de científicos como el naturalista alemán Alexander von Humboldt y, cuando era posible, de los trabajos de sus colegas arqueólogos. La colección de textos sobre el pasado indígena, por lo tanto, resultó ser esencial para la ciencia. Los arqueólogos del Museo basaron sus investigaciones en una lectura acentuada de los textos: utilizaron los documentos para estudiar las culturas prehispánicas, pero principalmente usaron los documentos para estudiar los objetos. Los investigadores de hoy consideran a los arqueólogos mexicanos como positivistas, científicos que enfatizaban la observación directa —investigación llevada a cabo a través de los sentidos humanos— como la verdadera fuente del conocimiento. Sin embargo, esos positivistas dependían de textos escritos para analizar los objetos que tenían frente a sus ojos. En ocasiones, examinaban un artefacto para verificar la información encontrada en los textos; pero la mayoría de las veces hacían lo opuesto: revisaban página por página y texto por texto con el propósito de descifrar el significado mismo del objeto. Hay docenas de estudios que se enfocan en lo que Sahagún, Humboldt o algún otro estudioso tenía que decir sobre una pieza específica. La arqueología, por tanto, nació en el Museo de México «ligada a la historia» (Rutsch, 2007, p. 79). Inclusive las mismas metáforas usadas para describir los artefactos desnudaban esa conexión: los objetos eran «los archivos» de la nación, «las fuentes más puras», «las páginas delicadas de nuestros libros de historia»<sup>6</sup>. Además, mientras los artefactos a menudo eran mencionados como «libros», los códices y otros textos, en cambio, eran referidos como «monumentos».

Desgraciadamente, muchos de estos «monumentos», códices y otras fuentes escritas fueron extraídos del país, problema que se convertiría en una plaga a lo largo de la historia de México. La legislación colonial hizo poco para detener esa hemorragia de objetos que salían de la Nueva España. De hecho, la primera ley que intentó remediar el problema no apareció hasta después de la independencia, en 1827, cuando el «Arancel para las aduanas marítimas y de frontera de la República Mexicana» prohibió la exportación de «monumentos y antigüedades» junto con

---

<sup>6</sup> Archivo Leopoldo Batres, Archivo Histórico de la Dirección General del Instituto Nacional de Antropología e Historia, Subdirección de Documentación, Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, fols. 292 y 517.

valiosos recursos como el oro y la plata (Lombardo de Ruiz & Solís Vicarte, 1988, p. 39)<sup>7</sup>. Leyes como estas fueron de todas maneras ignoradas a lo largo del siglo XIX, ya que México era demasiado inestable para asegurar su cumplimiento. Y a pesar de que el Porfiriato produjo más legislación con respecto a las antigüedades, su exportación ilícita continuó intacta. Las leyes de México, además, generalmente se referían a los artefactos y ruinas de la antigüedad y no mencionaban específicamente manuscritos ni códices.

Así, el siglo XIX fue testigo de una diáspora bibliográfica. Libreros extranjeros y mexicanos sacaron provecho de la inestabilidad en México y alimentaron un creciente mercado internacional en libros valiosos. Bibliotecas personales fueron desarraigadas del territorio nacional por diversas circunstancias. Un caso conocido fue el de Agustín Fischer, un sacerdote alemán y colaborador del emperador Maximiliano de Habsburgo durante la invasión francesa (1862-1867). En 1865 el emperador Maximiliano compró la biblioteca personal del librero José María de Andrade para formar una proyectada Biblioteca Imperial de México. Antes de la caída de su fatídico imperio, Maximiliano le regaló la biblioteca a Fisher. El sacerdote logró embarcar a Francia los libros de Andrade y su inmensa biblioteca personal en doscientas cajas. Una vez en Europa, Fisher organizó varias ventas. La mayor parte de los libros, incluyendo incunables del siglo XVI, fueron adquiridos por agentes del millonario norteamericano Herbert Bancroft. El hecho de que gran cantidad de esos textos y manuscritos salieran del país indignó a muchos mexicanos. «Cuando se quiere estudiar la historia de las civilizaciones indias de esta tierra», se quejó un periodista en *El Imparcial*, el 6 de abril de 1904, «es necesario ir a buscar documentos, códices, jeroglíficos, piezas de interés primordial en los museos de Europa. En Roma, en Londres, en Berlín, en Madrid mismo, se encuentran originales de multitud de documentos de importancia capital para nuestra historia». La falta de control de los documentos del pasado mexicano pintaba una triste imagen del país. Como comentó el mismo periodista, «De aquí que los mexicanos hayamos adquirido, a los ojos de los extranjeros, una triste reputación de rapaces [...], de aquí que se nos tome por un pueblo ignorante, incapaz de interesarse por las cuestiones que se refieren a nuestros orígenes, a nuestros antepasados» (citado en Lombardo de Ruiz, 1994, II, pp. 207, 209). La recolección de esos textos en la biblioteca del museo, por tanto, nació enlazada al sentimiento nacionalista de los mexicanos.

---

<sup>7</sup> Una legislación subsecuente en 1832, de manera similar, le dio al Estado el poder de prohibir la exportación de «objetos de arte y ciencia» (Lombardo & Solís, 1988, p. 45).

Además, el país había sufrido recientemente la dolorosa pérdida de la biblioteca personal de José Fernando Ramírez, una rica colección que contaba con manuscritos de varias órdenes religiosas, incunables y libros antiguos sobre la Nueva España, Filipinas y México. Un ávido bibliófilo, el famoso político e historiador Ramírez tenía pasión por la historia del México prehispánico. Entre sus muchas aportaciones estuvo el descubrimiento de la *Crónica de la Conquista* en el convento de San Francisco, un códice del siglo XVI que narra la historia de los aztecas y que hoy se encuentra en la BNAH bajo el nombre Códice Ramírez. Como muchos mexicanos, Ramírez entendió la importancia de recuperar fuentes para elaborar la historia nacional mexicana. «Todavía yacen sepultados en los archivos de ambos mundos numerosos monumentos que es necesario consultar», declaró el bibliófilo en 1845. La recuperación de esos documentos fue un asunto de orgullo, notó Ramírez: «Ni siquiera poseemos, como los otros pueblos cultos, una colección regular de fuentes históricas. Por aquí debemos comenzar si es que aspiramos a la gloria de ver salir de nuestro país esa suspirada historia, persuadiéndonos de que nuestra única misión es acumular materiales, salvando con imparcialidad y buena fe, de la destrucción y del olvido, cuanto puede serle útil» (Ramírez, 2001, pp. 235-236).

Desterrado por la dictadura de Antonio López de Santa Anna en 1855, Ramírez partió a Europa, donde visitó varias bibliotecas para copiar, cotejar y litografiar códices de su país. De regreso a México, Ramírez colaboró con el emperador Maximiliano como ministro de Negocios Extranjeros y ministro de Estado. Al derrumbarse el imperio, el historiador se exilió una vez más en Europa y llevó consigo los manuscritos y obras que por muchos años había acumulado, «una biblioteca de enormes proporciones para la época» (Sáenz Carrete, 2011, p. 132). Ramírez murió en Bonn, Alemania, en 1871, y su biblioteca volvió a México. Los herederos de Ramírez concedieron a Alfredo Chavero la oportunidad de escoger la parte más selecta de la colección, tanto obras impresas como manuscritos. Otros intelectuales y coleccionistas de libros como Joaquín García Icazbalceta, al enterarse de este arreglo, no se esforzaron en adquirir la biblioteca. Tiempo después, Chavero vendió todos los libros al coleccionista Manuel Fernández del Castillo, con la condición de que no salieran del país. Desafortunadamente, intervino de nuevo el sacerdote Fischer, quien convenció a Fernández del Castillo de vender la biblioteca en Europa. Así, esta cruzó nuevamente el Atlántico y, en 1880, los textos más importantes de la colección fueron rematados en Londres, un hecho que Ramírez nunca hubiese aprobado. Según Erasmo Sáenz Carrete, es probable «que la subasta pasara desapercibida en México, porque Ramírez había colaborado con el emperador Maximiliano» (Sáenz Carrete, 2011, p. 109). Hoy muchos de esos documentos se encuentran en el Reino Unido, en la Biblioteca Nacional de

España y en la Biblioteca Bancroft de la Universidad de California en Berkeley. Los materiales de la colección Ramírez se fueron del país, pero los estudiosos del Porfiriato intentarían compensar esa y muchas otras pérdidas al desarrollar la Biblioteca del Museo.

Esta logró reunir libros de diversas maneras, principalmente a través de compras y donaciones. Algunos de los más frecuentes contribuyentes a la colección fueron intelectuales y empleados del Estado, como el famoso escritor Guillermo Prieto, quien vendió varios libros a la institución en 1878. Otros eligieron el camino de las donaciones. A veces los donantes fueron empleados del Museo, como el historiador y arqueólogo Antonio Peñafiel. Educado como cirujano, Peñafiel se convirtió en el taxidermista del Museo en 1879 y pasó a ser un estadístico del más alto rango. Así, como director general de Estadísticas, llevó a cabo el primer censo de México en 1895. Hacia fines del siglo XIX, Peñafiel donó al museo «una colección de mapas de la historia chichimeca»<sup>8</sup>. También editó varios textos y códices en nahuatl, y legó a la posteridad una vasta obra que incluye su *Colección de documentos para la historia mexicana*, un trabajo en seis volúmenes publicados entre 1887 y 1903. Otra figura clave del museo, Alfredo Chavero, editó varios códices denominados *Antigüedades Mexicanas* (1892) y donó un códice de su colección particular al museo en 1906. El Códice Chavero, como se le conoce, documenta el proceso judicial contra un funcionario por cobro excesivo de tributo en Huexotzingo, en el actual estado de Puebla. A diferencia de la mayoría de los códices, conocemos la fecha exacta de elaboración de este texto: del 11 al 15 de marzo de 1578.

Los políticos también constituyeron una fuente importante de códices. En 1892 el anticuario y gobernador de Veracruz, Teodoro Dehesa, donó al Museo Nacional un códice que pertenecía a su colección, hoy conocido como el Códice Dehesa. Este texto del siglo XVII narra el origen mítico y la genealogía de una familia de caciques o líderes de la Mixteca Baja, una zona que incluye la frontera entre los estados de Puebla y Oaxaca. Ese mismo año, Joaquín Baranda, el secretario de Justicia e Instrucción Pública, se cercioró de que otro códice oaxaqueño llegara a la biblioteca. Baranda tomó la iniciativa de trasladar el texto de la antigua Biblioteca Nacional de México al museo y pronto este fue reconocido como el Códice Baranda. Evidentemente, la biblioteca no podía estar consumada sin un códice bautizado con el nombre del dictador Díaz. Elaborado a principios del siglo XVI, el Códice Díaz contiene tablas para la adivinación y relata la historia y conquista de unos pueblos cuicatecas del estado de Oaxaca. Un jefe político oaxaqueño se lo obsequió a su amigo Manuel Martínez Gracida, un historiador que ocupó diversos cargos

---

<sup>8</sup> AHMNA, vol. 10, exp. 32, fol. 93.

públicos y tuvo una amistad cercana con Porfirio. Martínez Gracida lo donó a la biblioteca del Museo Nacional en honor al dictador.

En algunos casos, ciudadanos mexicanos que encontraban documentos de su patria mientras estaban en el exterior también se sintieron obligados a donarlos a la biblioteca. Así es como la institución adquirió el famoso Códice García Granados. Un opositor al régimen de Díaz, Alberto García Granados, pasó numerosos años durante el Porfiriato viviendo autoexiliado en Europa. En cierto momento, el ingeniero agrónomo compró un «antiguo códice» en París, «una pieza notable bajo el punto de vista arqueológico, a la vez que artístico», como explicó un observador. Con la ayuda de un asistente de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México, García Granados envió el documento a México, estipulando cómo debía llamarse<sup>9</sup>. Realizado entre mediados del siglo XVII y principios del XVIII, el Códice Techialoyan García Granados, como se le conoce hoy, pertenece al grupo de códices Techialoyan, una colección de obras nahuas. Este ejemplar en particular enumera las propiedades que pertenecieron a miembros de la nobleza indígena, descendientes de los líderes aztecas Cuauhtémoc y Motecuhzoma Xocoyotzin. Asimismo, el códice presenta una extensa red de vínculos entre gobernantes de numerosos pueblos. Los periódicos de México y *El Diario Oficial*, el órgano gubernamental, felicitaban a los donantes de estas piezas y, del mismo modo, los profesores del museo les agradecían, en cartas que hilaban palabras como nación, progreso e ilustración, por avanzar «el progreso de la ciencia en México»<sup>10</sup>.

También hicieron donaciones algunos extranjeros, como el millonario estadounidense Joseph Florimond Loubat, quien donó al museo una reproducción fotocromográfica del Códice Telleriano Remensis en 1899. Criado en Francia, Loubat fue un filántropo cuyos regalos a la Iglesia católica fueron tan generosos que el Papa León XIII lo llegó a llamar «el Duque de Loubat». El filántropo fue también uno de los más importantes patrocinadores de la arqueología en México y una figura central en el creciente movimiento americanista. El americanismo, un campo muy amplio, abarcaba casi toda disciplina relacionada con el Nuevo Mundo, así como todo periodo histórico. La mayoría de los americanistas, de todas maneras, se especializaron en el pasado prehispánico. Francia se encontró a la vanguardia del americanismo y, en 1857, estableció la primera sociedad dedicada a esa actividad: la Société Américaine. Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos también produjeron algunos de los estudiosos más asiduos de este campo, igual que México y otras naciones de América Latina. Americanistas como Loubat llevaron

<sup>9</sup> AHMNA, vol. 11, exp. 20, fols. 174-175.

<sup>10</sup> AHMNA, vol. 6, exp. 28, fol. 67.

a cabo investigaciones en la Biblioteca del Museo Nacional Mexicano gracias a la existencia de los textos antiguos que poseía.

De hecho, los usuarios de la biblioteca solían ser gente como Loubat y el intelectual y político Vicente Riva Palacio. En 1877 Riva Palacio pidió a la biblioteca que pusiera a su disposición mapas, cartas y documentos sobre la geografía del país para elaborar la carta oficial de la república. Al inaugurarse la biblioteca se había proyectado establecer el servicio público, pero esto no se pudo realizar en el Porfiriato. Durante ese periodo, el museo tuvo otras prioridades que fueron consideradas de urgencia. Más que nada, la biblioteca fue destinada al uso exclusivo de los profesores y empleados del museo. En 1903 también se empezó a permitir el acceso a los alumnos que estaban tomando clases de antropología, arqueología y otros estudios en el museo. La biblioteca, por lo tanto, no era un lugar que pertenecía al público. Esto no debe causar sorpresa si consideramos que la «masa» de lectores en el Porfiriato era «un club muy escaso». Según el censo de 1895, solo estaba alfabetizada el 14% de la población total. Esa cifra se incrementó a finales de la época, cuando «el censo de 1910 habla de 20% de alfabetos en todo el país» (Blanco, 1997, p. 47).

Muchos departamentos del gobierno y organizaciones científicas como el Ministerio de Justicia y la Sociedad de Geografía y Estadística también aportaron libros a la biblioteca. Instituciones extranjeras, asimismo, jugaron un papel importante al donar e intercambiar textos con el museo. El Smithsonian Institute de Washington, D.C., por ejemplo, envió varias cajas llenas de libros durante los años de Díaz. La biblioteca reciprocó despachando textos a institutos extranjeros. Del mismo modo, donó obras a instituciones nacionales; por ejemplo, mandó una copia de *Antigüedades de México* a la Biblioteca Nacional de México. Ese texto, compilado y publicado por el anticuario irlandés Edward King o Lord Kingsborough en las primeras décadas del siglo XIX, es una recopilación de reproducciones de literatura mesoamericana en facsímil que incluye códices mixtecos, mayas y aztecas, además de documentos históricos y descripciones de exploradores de varios sitios arqueológicos de México.

El museo no solamente coleccionó obras, sino que también las publicó. En 1887 la institución estableció un pequeño taller de imprenta con el objeto de imprimir cédulas de clasificación, etiquetas, catálogos, avisos y otras publicaciones necesarias. Con el correr del tiempo, sin embargo, se amplió el taller y el museo pronto comenzó a publicar textos diversos; así, se lograron editar algunas obras antiguas inéditas y se reimprimieron varios libros raros. La institución también empezó a imprimir los *Anales del Museo Nacional*, la publicación del museo que anteriormente se imprimía en otro sitio. Iniciada en 1877, el propósito de esta revista fue divulgar la investigación de los estudiosos del museo a una audiencia

nacional e internacional. Los *Anales* les daban importancia primordial a trabajos sobre la arqueología y se enfocaban, sobre todo, en cuatro materias: los códices, los calendarios, las creencias indígenas y las antigüedades del museo. La revista no fue solamente una forma de hacer público el trabajo de estudiosos mexicanos, sino que también era una forma de adquirir materiales adicionales, dado que los *Anales* eran intercambiados por revistas de otras instituciones. Como lo expresó un profesor del museo, así iban «adquiriendo por medio del cambio todas las publicaciones científicas del mundo»<sup>11</sup>. No es de sorprender que tanto los *Anales* como el taller de imprenta florecieran gracias a Del Paso y Troncoso, uno de los grandes estudiosos de México.

Nacido en la ciudad de Veracruz el 8 de octubre de 1842, Francisco de Borja del Paso y Troncoso era «descendiente de una vieja familia española» (Galindo y Villa, 1922, p. 307). Su padre se dedicaba al comercio, por lo que Del Paso comenzó sus primeros estudios formales en la rama comercial. Pronto se dio cuenta de que esa carrera no lo satisfacía y, a los 25 años, se trasladó a la capital de la república. Allí ingresó a la recién fundada Escuela Nacional Preparatoria, donde trabajó con el famoso médico, filósofo y político Gabino Barreda. Luego pasó a la Escuela Nacional de Medicina y, al concluir su quinto año, emprendió su tesis profesional: *La historia de la medicina en México*. Del Paso no llegó a terminar la obra ni a graduarse como doctor. Trabajar en su tesis lo convenció de dejar de lado la medicina y seguir su verdadera vocación, la arqueología y, luego, la antigua historia de México. Del Paso también dio gran importancia a la lingüística, especialmente al estudio del nahuatl, un idioma que practicaba directamente con los indígenas de varios pueblos del altiplano. El reconocido erudito incluso pasó mucho tiempo enseñando el curso de historia patria en la Escuela Normal de profesores de instrucción primaria. Pero el trabajo de Del Paso estaría para siempre asociado con el Museo Nacional, al que llegó como visitador en 1888 y del cual, al año siguiente, fue nombrado director. Durante su larga carrera jugó un papel de primer orden en la edición y análisis de códices: no solo los dio a conocer, sino que también los interpretó y analizó.

Aunque fue ante todo un arqueólogo de sillón, Del Paso tuvo experiencia como arqueólogo de campo. En 1891 el gobierno federal le comisionó la tarea de hacer la que hoy se considera la primera excavación patrocinada por el Estado mexicano desde la época colonial en México. Por cuatro meses, Del Paso exploró los monumentos de su nativa Veracruz<sup>12</sup>. El ejército mexicano lo ayudó. De esta manera, junto con los indígenas de la zona, removieron la vegetación de las estructuras prehispánicas, lo que le permitió hacer borradores del sitio, hacer

<sup>11</sup> AHMNA, vol. 3, exp. 15, fol. 74.

<sup>12</sup> Para la expedición de Del Paso, véase Bernal, 1992; y Galindo y Villa, 1912.



mapas y tomar fotografías de muchas de las ruinas. Del Paso excavó Cempoala, la ciudad totonaca crucial en la conquista española, así como la Villa Rica de la Vera Cruz, el primer poblado establecido por el conquistador Hernán Cortés. De allí, el historiador pasó a explorar muchos sitios arqueológicos más, incluyendo El Tajín. Los artefactos que reunió, junto con miles de otras piezas del Museo Nacional, fueron enviados por barco a España para la Exposición Histórico-Americana de 1892. Del Paso asistió al evento como presidente de la comisión mexicana y, tomando una licencia por tiempo indefinido como director del Museo, permaneció en Europa para llevar a cabo la misión especial de reunir textos mexicanos.

La gran contribución de Del Paso al estudio del pasado de México fue el trabajo que llevó a cabo por más de dos décadas en los archivos de Europa. La idea de rescatar las fuentes de la historia mexicana y ponerlas al alcance de los estudiosos le había surgido años atrás. En 1883 Del Paso propuso su plan al ministro de Justicia e Instrucción Pública, Joaquín Baranda, en una famosa carta abierta publicada en el diario *La República*. Intitulada «Los Estudios Históricos», la carta deplora el estado del conocimiento y de la enseñanza de la historia mexicana y hace sugerencias para remediar estos problemas. Del Paso indica que «desgraciadamente, no todos los materiales para la historia de México existen en la República. Los archivos y bibliotecas selectas de la Madre patria, verdaderos panteones literarios, encierran lo más precioso que puede interesarnos». El gran historiador entonces se pregunta: «¿cómo conseguir esas preciosidades?». Su solución fue mandar una delegación especial: «Envíese a Madrid un consumado científico, solicite de aquel Gobierno el permiso de reconocer sus archivos, y de extractar [*sic*] todo lo que nos concierne y que tenga verdadero interés» (Carrera Stampa, 1949, pp. 3-4). La idea de juntar textos mexicanos en archivos extranjeros no era nueva. Intelectuales como Ramírez habían llevado a cabo en el pasado misiones similares planeadas por ellos mismos y pagadas con sus propios fondos. Pero la misión de Del Paso fue diferente: era la primera de ese tipo apoyada y pagada por el gobierno mexicano. Del Paso mantuvo correspondencia directa con la Secretaría de Instrucción Pública, pero su misión permaneció unida al Museo Nacional, la institución que estuvo a cargo de pagarle durante el Porfiriato.

Una vez instalado en Europa, las bases de operaciones de Del Paso fueron principalmente Madrid y Florencia, pero viajó por todo el continente para consultar archivos y bibliotecas en Inglaterra, Rusia, Alemania, Austria y Francia, y en cualquier otro país donde pudiese haber algún documento sobre México. Del Paso fue una figura dinámica en la comunidad intelectual europea. Participó en varios Congresos de Americanistas y en otras reuniones. Fue «objeto de grandes distinciones: miembro de la Real Academia de la Historia de Madrid, de la Asociación de Escritores y Artistas Españoles, de la Pontificia Academia Romana

de Archeología y de la Société des Américanistes de Paris» (Carrera Stampa, 1949, p. 9). Entre sus muchas actividades, estudió varios códices con el antropólogo francés Jules Ernest-Théodore Hamy, mejor conocido como E. T. Hamy, respetada autoridad sobre el pasado prehispánico y director del Museo Trocadéro (1880-1908). Los dos estudiosos trabajaron juntos bajo los auspicios del duque de Loubat para producir facsímiles de varios códices mexicanos, incluyendo el Códice Borgia, Códice Cospianus, Códice Ríos y Códice Telleriano-Remensis, el último de los cuales fue donado por Loubat al Museo Nacional Mexicano.

Pero la tarea principal de Del Paso fue recoger y publicar todos los documentos de Fray Bernardino de Sahagún localizados en Madrid y Florencia. El monje Sahagún condujo su magnífica investigación etnográfica con informantes de la nobleza local en la Nueva España entre 1547 y 1577. El resultado de ese trabajo fue la *Historia general de las cosas de la Nueva España*, una obra en español y nahuatl que se enfoca en casi todos los aspectos de la cultura nahua, desde la religión hasta la vida cotidiana. La *Historia general* consiste en más de 2400 páginas escritas en ambos lados y organizadas en doce libros. Es considerada la obra más rica sobre la antigüedad mexicana. Del Paso originalmente había intentado reproducir el texto completo, pero la publicación sufrió varias demoras debido a huelgas de las imprentas, problemas con los permisos de publicación y la escasez de fondos debida al tumulto de la revolución en su tierra natal. Como resultado de esto, solo pudo completar una pequeña parte de su empresa, al publicar en la capital de España tres grandes volúmenes (1905-1907) en los que se incluyeron los que hoy se conocen como Códices Matritenses —la copia completa del Códice Florentino no fue publicada sino hasta 1979—. El «infatigable rastreador de documentos» también recolectó los *Papeles de la Nueva España*, «una detallada colección de varios textos sobre México colonial» (León Portilla, 1999, p. 125). Además de otras publicaciones, Del Paso copió una enorme serie de documentos inéditos sobre la historia antigua de México y del periodo colonial: mapas, crónicas, testamentos, peticiones, informes, cartas, memorias de conquistadores, códices y otros manuscritos.

Cuando Del Paso falleció en 1916, la Primera Guerra Mundial convulsionaba a Europa y, en México, la fase armada de la revolución alcanzaba su cúspide. Una vez que México comenzó a lograr cierta estabilidad, el gobierno se dio a la tarea de repatriar la inmensa cantidad de material que Del Paso había almacenado en España e Italia. Las negociaciones oficiales con los herederos de Del Paso y con los bancos y las casas editoras donde había dejado sus materiales se alargaron por mucho tiempo. A través de los años y en forma desordenada se enviaron arcas repletas de documentos. En 1928 tres cajas llegaron con un contenido de más de 15 000 documentos. A fines de ese año llegaron cinco arcas más, también repletas de

textos. En 1931 llegaron aún más. En el proceso, lamentablemente, gran parte de la colección de Del Paso y Troncoso se extravió. Una vez en México, el acopio continuó dispersándose. Sin embargo, tras grandes esfuerzos en el rastreo y recuperación de muchos de estos documentos, la Colección de Francisco del Paso y Troncoso, una fuente invaluable de información para investigadores, se encuentra hoy depositada en la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia. Hoy la BNAH es un caudal de erudición y una de las bibliotecas más importantes de las Américas gracias a la vasta obra de Del Paso y los esfuerzos de otros intelectuales del Porfiriato cuyos sentimientos nacionalistas los inspiraron a construir la institución.

## BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, Benedict (1993). *Comunidades imaginadas: Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Benítez, Fernando (1988). *El libro de los desastres*. Ciudad de México: Era.
- Bernal, Ignacio (1992). *Historia de la arqueología en México*. Ciudad de México: Porrúa.
- Blanco, José Joaquín (1997). Panorámica del libro en México. En Enrique Florescano (coord.), *El patrimonio nacional de México* (II, pp. 15-56). Ciudad de México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, y Fondo de Cultura Económica.
- Carrera Stampa, Manuel (1949). *Misiones mexicanas en archivos europeos*. Ciudad de México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- Castillo Ledón, Luis (1924). *El Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, 1825-1925, Reseña histórica escrita para la celebración de su primer centenario*. Ciudad de México: Talleres gráficos del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía.
- Earle, Rebecca (2007). *The Return of the Native: Indians and Myth-Making in Spanish America, 1810-1930*. Durham: Duke University Press.
- Fernández, Miguel Ángel (1987). *Historia de los museos de México*. Ciudad de México: Promotora de Comercialización Directa.
- Florescano, Enrique (1997). La creación del Museo Nacional de Antropología. En Enrique Florescano (coord.), *El patrimonio nacional de México* (II, pp. 147-171). Ciudad de México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, y Fondo de Cultura Económica.
- Florescano, Enrique (2001). México a través de los siglos: Un nuevo modelo para relatar el pasado. La Jornada, *suplemento mensual*, 9 de marzo. <http://www.jornada.unam.mx/2001/03/09/suple.html>

- Florescano, Enrique (2005). *Imágenes de la patria a través de los siglos*. Ciudad de México: Taurus.
- Galindo y Villa, Jesús (1912). Las ruinas de Cempoala y del Templo del Tajín (Estado de Veracruz) exploradas por el director del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, in misión en Europa Francisco del Paso y Troncoso. Notas recopiladas por Jesús Galindo y Villa en homenaje al XVIII Congreso Internacional de Americanistas que se reunirá en Londres, el mes de mayo de 1912. *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, 3, 97-161.
- Galindo y Villa, Jesús (1922). Don Francisco del Paso y Troncoso, su vida y sus obras. *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, 1, 305-579.
- Garrigan, Shelly E. (2012). *Collecting Mexico: Museums, Monuments, and the Creation of National Identity*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- González Phillips, Graciela (1987). Francisco del Paso y Troncoso. En Carlos García Mora y Lina Odena Güemes (eds.), *La antropología en México* (XI, pp. 213-259). Ciudad de México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Larráinzar, Manuel (1970). Algunas ideas sobre la historia y la manera de escribir la de México, especialmente la contemporánea, desde la declaración de independencia, en 1821, hasta nuestros días. En Juan A. Ortega y Medina (eds.), *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia* (pp. 151-306). Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- León Portilla, Miguel (1999). *Bernardino de Sahagún: Pionero de la antropología*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México y el Colegio Nacional.
- Lombardo de Ruiz, Sonia (1994). *El pasado prehispánico en la cultura nacional: memoria hemerográfica, 1877-1911*. Ciudad de México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Lombardo de Ruiz, Sonia & Ruth Solís Vicarte (1988). *Antecedentes de las leyes sobre monumentos históricos, 1536-1910*. Ciudad de México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Ramírez, José Fernando (2001). *Obras históricas, época colonial*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Rico Mansard, Luisa Fernanda Francisca (2004). *Exhibir para educar: objetos, colecciones y museos de la ciudad de México (1790-1910)*. Barcelona y Ciudad de México: Pomares y Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Rutsch, Mechthild (2007). *Entre el campo y el gabinete: nacionales y extranjeros en la profesionalización de la antropología mexicana (1877-1920)*. Ciudad de México: Instituto Nacional de Antropología e Historia y Universidad Nacional Autónoma de México.

- Sáenz Carrete, Erasmo (2011). José Fernando Ramírez: su último exilio europeo y la suerte de su última biblioteca. *Signos Históricos*, 25, 100-135.
- Suárez Cortes, Blanca Estela (1987). Las interpretaciones positivistas del pasado y el presente (1880–1910). En Carlos García Mora y Enrique Florescano (eds.), *La antropología en México* (II, pp. 13-77). Ciudad de México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Tenorio-Trillo, Mauricio (1999). *Mexico at the World's Fairs: Crafting a Modern Nation*. Berkeley: University of California Press.
- Zavala, Silvio (1938). *Francisco del Paso y Troncoso, su misión en Europa, 1892-1916*. Ciudad de México: Departamento Autónomo de Prensa y Publicidad.